

dillas, el demandante á la derecha y el demandado á la izquierda.

Se les preguntó su nombre de bautismo, y si creían en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en la doctrina de la Santa Iglesia.

El acusado puso á los santos por testigos de su inocencia, el otro persistió en su acusacion y fué de nuevo desmentido.

Por último, juraron que no habían recurrido á género alguno de sortilegio ni medio punible y desleal.

Entonces se adelantaron hácia ellos dos religiosos de San Martín y apelaron por última vez á su conciencia.

— No cerreis los ojos al peligro, les dijeron, combatiendo

por una mala causa. Si uno de vosotros quiere retractarse, que se fle en nuestro reverendísimo abad. Todavía es tiempo y puede hacerlo, mas tarde ya no podrá.

Los dos campeones guardaron silencio.

Entonces se les dió á besar el crucifijo, y el juez del campo los llevó al palenque y colocó al uno al frente del otro.

Después el heraldo ó rey de armas declaró en alta voz, que ninguno de los espectadores, pena de la vida, fuese osado á dar ayuda y favor ni de obra ni de palabra á los campeones.

El que violaba esta prohibicion, que se llamaba la paz del rey ó del señor, era condenado á pagar una fuerte



Un duelo jurídico en tiempo de Luis XI.

multa si era noble, y á que le cortasen una oreja si era villano. Si la intervencion decidía la victoria, se castigaba con la muerte al interventor.

Al fin el heraldo gritó por tres veces:

— Haced vuestro deber.

Inmediatamente los dos adversarios se precipitaron el uno sobre el otro con igual furor.

Al tercer pase el acusador recibió un golpe, cayó en tierra y quedó fuera de combate.

Pidió gracia, pero el rey y los príncipes de la sangre podían solo conceder gracia, y ni el rey ni los príncipes de la sangre asistían al combate.

El infeliz, molido, quebrantado, hecho pedazos, casi moribundo, fué sacado de la arena y entregado en manos del verdugo, que le hizo colgar de lo alto de un árbol de la abadía.

SEGUNDA SERIE.—1867.

Este era el juicio de Dios, y una de las pruebas por que se juzgaba en los tiempos de la Edad media no solo en Francia y en España, sino en toda la Europa.

LA MARUXIÑA.

LEYENDA ORIGINAL

DE M. F. EL FLACO.

I.

En el camino que conduce desde Santiago de Galicia á Padron, hay una hermosa fuente rodeada de frondosos árboles.

AÑO XXV. 6.

Era una tarde del florido mayo cuando ocupaba uno de los asientos un venerable anciano embebido en la lectura; vino á distraerle de su ocupacion una jóven de diez y ocho á veinte años, la cual, despues de aplacar la sed se acercó y con palabras entrecortadas le pidió una limosna.

Despues de mirarla detenidamente el anciano, la dijo:

—¿Muchacha, no te da vergüenza pedir siendo tan jóven? La limosna es para los ancianos y desgraciados que por falta de salud no pueden trabajar.

—Señor, dijo la jóven, hasta hoy he trabajado, pero me han despedido de la casa en que estaba; tengo hambre, por eso pido.

—¿Te han despedido! ¿Y por qué?

A esta pregunta, la jóven fijó los ojos en tierra y nada contestó.

—¿No conoces que son malas horas para que una jóven vaya sola por un camino?

Viendo el anciano que la jóven guardaba silencio, no quiso preguntar mas, y dándola una peseta la despidió.

—Dios se lo premie, señor, dijo la jóven con sentido acento.

Él vaya en tu compañía, contestó el anciano.

Apenas se habia separado la jóven la llamó y la dijo:

—¿Vas á Padron?

—No, señor.

—¿Pues en dónde piensas pasar la noche?

—No sé.....

—¿Qué direccion llevas?

Viendo que la jóven no contestaba, añadió:

—Sígueme, yo te proporcionaré una casa en donde pasar la noche y mañana podrás buscar trabajo.

La jóven no pudo responder, el sentimiento embargaba su lengua y al fin rompió á llorar.

—Vamos, vamos, dijo el anciano al ver el sentimiento fielmente retratado en el semblante de la jóven, no hay que apurarse, hija mía, Dios es la suma bondad y se complace en socorrer á los que imploran su proteccion.

Y cogiéndola de la mano tomaron el camino del pueblo.

Entraron en una tienda en que vendian vino y comestibles.

—Buenas noches nos dé Dios, dijo el anciano dirigiéndose á la dueña de la casa, aquí traigo esta jóven para que la dé vd. de cenar y cama, por esta noche.

—Con muchísimo gusto, contestó la anciana.

La jóven permaneció con la cabeza baja sin atreverse á mirar á la persona que, con tan buena voluntad, la habia recibido.

—Buenas noches, hasta mañana si Dios quiere, dijo el anciano al retirarse.

—Que vd. descanse, contestó la señora de la casa, y dirigiéndose á la jóven, la preguntó:

—¿Cómo se llama vd?

—Maruxiña.

—Pero tendrá vd. otro nombre.

—Si le tengo no lo sé, porque nunca me llamaron de otra manera.

—¿Tiene vd. padres?

—No, señora.

—Ni familia.

—Tampoco.

—De modo que es vd. sola.

—Si, señora.

—Como ha de ser, paciencia, en esta vida á nadie le faltan penas.

—¿Cómo se llama ese buen señor, preguntó la Maruxiña animada por la amabilidad de la anciana.

—Se llama don Pablo, es el cura de este pueblo, no hay necesidad que él no socorra, casi todos los días trae aquí pobres para que pasen la noche y por la mañana paga el gasto que han hecho y les da lo que puede para el camino. El día que Dios le llame, no sé lo que va á ser de los pobres de Padron.

—Sí lo creo, porque las reflexiones que me ha hecho por el camino me han consolado mucho. Dios se lo pague, que sino hubiera sido por él tal vez á estas horas ocultaría mi desgracia en el fondo del Cesures.

—Vamos, hija mía, no hay que afligirse: dicen que Dios aprieta pero no ahoga. Esté vd. tranquila, que don Pablo hará por vd. todo cuanto pueda, y cogiéndola de la mano la llevó á la mesa, y despues de cenar la guió á un cuartito en el que habia improvisado una buena cama.

II.

A la mañana siguiente fué don Pablo á enterarse del estado en que se encontraba la Maruxiña.

La señora Vicenta, que este era el nombre de la dueña de la casa, le dijo que la pobre jóven no se habia levantado.

No quiso don Pablo que la molestaran, y dijo que volveria para enterarse del motivo que habia dado para que la despidieran sus amos.

Ya iba á marcharse, cuando se presentó la Maruxiña y dió los buenos días á sus bienhechores.

—¿Por qué te has levantado tan pronto? dijo don Pablo con acento cariñoso.

—Porque estoy acostumbrada á madrugar, y sobre todo porque deseo que vd. me diga lo que debo hacer.

—Lo primero, dijo don Pablo, manifestarme el motivo por que te han despedido de la casa en que estabas.

—Hasta ayer, dijo la Maruxiña, he vivido en Santiago en compañía de un matrimonio. El señor era muy bueno, pero su esposa era insufrible, por la mas leve falta me llenaba de injurias, me privaba de la comida y hasta me pegaba.

¡Si vd. supiera cuánto he sufrido!

Muchas veces perdía la paciencia y queria marcharme; pero doña Saturnina, que así se llama la señora, lo estorbaba diciendo que me dejaria marchar tan pronto como la pagase lo mucho que habian gastado conmigo desde que me tenian en su casa.

Si hubiera de contar á vd. los malos tratamientos, el hambre, los golpes y todo lo que en aquella casa he sufrido, seria cosa de no acabar.

Así iba pasando el tiempo, cuando una mañana al volver del mercado me siguió un jóven, diciéndome que tenia unos ojos muy bonitos y otras tonterías de esas que dicen los estudiantes á las muchachas. Yo seguí mi camino sin hacerle caso.

A la mañana siguiente le volví á encontrar y me sucedió lo mismo: me dijo tantas cosas y con tanta gracia que me sonreí, y animado con esto me acompañó hasta la puerta de mi casa; pero conociendo yo que si doña Saturnina se enteraba me daría una paliza, me determiné á pedirle por favor que no me acompañase.

Así lo hice á la mañana siguiente, y me contestó que lo sentia muchísimo, pero que lo haria por no perjudicarme. Me dijo que solo deseaba mi felicidad, que yo le gustaba mucho y que esperaba que admitiese su cariño. En fin, despues de decirme muchas cosas, me pidió por favor que todas

las mañanas nos viéramos. Estuvo tan cariñoso, que me pareció mal negarle una cosa tan sencilla.

Desde aquel día nos veíamos todas las mañanas: yo empecé á franquearme con él, le contaba todo lo que me sucedía con doña Saturnina, y cuando le decía que me pegaba se ponía furioso.

Todos los días me compraba flores, y yo decía en casa que me las regalaba la aldeana que vendía la verdura.

Insensiblemente me fuí acostumbrando á su trato, de tal modo que el día que no le veía estaba muy triste y no hacía otra cosa que acordarme de él.

Una mañana que me entretuve mas que lo de costumbre, me dió tantos golpes doña Saturnina que creí que me mataba.

Al día siguiente se lo conté á Luis, que este era su nombre, y me consoló diciéndome que muy pronto acabaría de sufrir, porque ya le faltaba muy poco tiempo para concluir la carrera de albeitar, y que tan pronto como recogiese el título nos casaríamos.

Con esta promesa, nuestras relaciones se estrecharon cada vez mas, yo le quería con toda mi alma y le dí cuantas pruebas de amor me pidió, confiada en que muy pronto sería mi marido.

Las lágrimas interrumpieron la relacion de la Maruxiña, hasta que repuesta y con acento conmovido prosiguió diciendo:

—Luis cada día se mostraba mas cariñoso, poco faltaba ya para que tomase el título, cuando una mañana se despidió como de costumbre y esta es la hora en que no le he vuelto á ver.....

III.

—Fué tan grande el sentimiento que este desengaño me causó, que caí enferma con una fiebre que por momentos acababa con la vida.

¡Oh! ¡cuán dichosa hubiera sido dejando de existir!

Una mañana vino el médico, me hizo varias preguntas y yo no sé que le dijo á doña Saturnina, la cual, tan pronto como nos quedamos solas, agarrándose á mi cuello, me dijo: infame, mala mujer, ¿quién te ha puesto en ese estado? ¿A dónde has ido? ¿con quién te tratas? Tal vez con ladrones y asesinos, que vendrán el día menos pensado y nos dejarán en cueros. Dí, respóndeme, habla, que no sé lo que voy á hacer de tí; yo quería hablar pero no podía, porque me apretaba la garganta de manera que casi me ahogaba, mi silencio la irritó de tal modo, que me derribó en el suelo, me pisoteó y cogiéndome por el pelo, me llevó arrastrando hasta la puerta y me hubiera echado á rodar por la escalera, si no lo hubiera estorbado la presencia del amo, que confuso, sin saber lo que pasaba procuró tranquilizar á su esposa, la cual cada vez mas encolerizada, daba fuertes gritos diciendo:

—¡Déjame, qué voy á matar á esa infame, que deshonorá mi casa, no la quiero, no la quiero, que se vaya á la calle.

—Pero mujer, dijo el señor, tranquilízate cuéntame lo que pasa y todo se arreglará.

—No hay arreglo que valga, dijo doña Saturnina, no faltaba mas, que dirían de mí, si consintiera semejante escándalo.

—Vamos, vamos, me dijo el amo ayudándome á levantar, entra y sepamos lo que has hecho.

—De ningún modo, dijo doña Saturnina, y si tú la defendes puedes irte con ella, á mí no me haces falta.

—Basta ya, dijo el amo, no faltaba mas, y cogiéndome

del brazo íbamos á entrar; pero doña Saturnina agarrándose á su esposo, le empujó hácia dentro, cerró la puerta y me dejó en la escalera.

—Llamé, supliqué, lloré, pero fué en vano, la puerta permaneció cerrada.

No oía mas que los gritos que daba doña Saturnina. Largo rato permanecí en la escalera sin saber lo que me pasaba, hasta que desesperada me levanté; sin saber como me encontré en el camino de Padron. Llegué á la fuente, tenia hambre y me acerqué á pedir á vd. una limosna. Esa ha sido mi suerte, sino, tal vez, no viviria. ¡Gracias, Dios mio, gracias, porque me habeis salvado! Y al decir esto, las lágrimas brotaban de sus hermosos ojos.

—Llora, llora, dijo don Pablo, cuando las lágrimas nacen de verdadero arrepentimiento, son agua santa que purifica nuestra conciencia. La pena que ahora sientes, es la consecuencia precisa de haber faltado á tus deberes, porque nunca hay razon ni disculpa para dejar de cumplirlos; todas las faltas van acompañadas del castigo, sino del material, de ese mucho mas terrible que se llama remordimiento de la conciencia; los castigos materiales se pueden evitar, pero la conciencia no está tranquila mientras no está satisfecha de haber cumplido exactamente los deberes que la religion y la sociedad nos imponen. Has contado el origen de tu desgracia, pero nada nos has dicho de tus padres ni de como fuiste en compañía de ese matrimonio.

—Desde que tuve uso de razon, dijo la Maruxiña, me he encontrado en compañía de esos señores, muchas veces les he preguntado por mis padres y siempre me han respondido que nada sabian, que me habian encontrado perdida en el campo de Santa Susana, cuando yo apenas tenia dos años, y siempre que doña Saturnina se incomodaba me echaba en cara lo que por mí habia hecho y decía: nosotros tenemos la culpa, pues sabido es el refran que dice: *Oria cuervos y le sacarán los ojos.*

Con gran atención escuchó don Pablo la relacion de la Maruxiña, y la dijo:

—Dentro de pocos días tengo que ir á Santiago para arreglar varios asuntos, me darás las señas de la casa de esos señores y procuraré enterarme de todo. Si me has dicho la verdad tendrás en mí un protector; pero si por disculpar tu falta me has engañado, no esperes de mí proteccion de ninguna especie.

—Bien, señor, dijo la Maruxiña; solo le suplico que no trate de reconciliarme con doña Saturnina porque es muy falsa, y aun cuando le dé á vd. palabra de que no me pegará, tan pronto como me cogiera no acierto á explicar lo que haria de mí: estoy dispuesta á sufrir con gusto todos los trabajos del mundo antes que volver á su lado.

A los pocos días se despidió don Pablo de la señora Vicenta y tomó el camino de Santiago.

La Maruxiña supo granjearse de tal modo la voluntad de la señora Vicenta, que mas parecian hija y madre que personas que se conocian poco mas de una semana.

(Se concluirá).

¿CUÁL ES EL MAS HERMOSO PAIS DEL MUNDO?—Decidme, me han preguntado algunos, ¿cuál es á vuestro entender el mejor pais del mundo?

Luego, por estension: ¿Cuál es el punto del globo que preferiríais habitar?

—¡Oh! señores, no habeis reflexionado.

Id á invitar al lapon á que venga á París, ensalzadle la belleza de nuestros edificios, el lujo y los placeres de esta capital del mundo, y ya vereis lo que os responderá el cazador de castores.

¿No se me presentó por ventura la ocasion de ofrecer un delicioso cuadro de mi patria á hombres que habitan un suelo ingrato, y de ver sonreír de piedad al escuchar la proposicion de que emigren á nuestro país, á unos infortunados perseguidos por todas las privaciones y las miserias?

—Hay en mi país personas muy ricas, dije cierto dia á los felices habitantes de Lahena.

—¿Comen dos veces? se me contestó.

—No, pero comen mejor que los demás.

—No es posible, se burla vd. de nosotros.

Con efecto, muy en su orden está que ignoren el lujo de los banquetes aquellos hombres que pocos manjares tienen para saciar su apetito, sin que sea mayor el número de los que conocen.

—Venga vd. con nosotros, decía en otra ocasion á uno de aquellos buenos y generosos carolinos de quienes tanto os he hablado ya; porque es tan rico nuestro país que no tendrá vd. que fatigar mas su vida buscando un alimento que tan á menudo les disputa la cólera del Océano.

—¿Tienen vds. muchos cocos? me respondió aquel á quien dirigía la palabra.

—No, ni uno siquiera.

—¡Pobrecitos, cuánto les compadezco á vds.!

Así por el estilo cada pueblo, como tambien cada individuo. La vida simpatiza con el suelo que os ha visto nacer; y la vida del hombre maduro y de la vejez se halla cortada con la misma tijera que la vida de la infancia, y en ella gustos y hábitos es lo único que se teme mucho mudar.

ARAGO.

LA EPOCA DEL RENACIMIENTO

Y CRISTINA DE SUECIA.

Abre los ojos á la luz del dia Carlos I de España y V de Alemania, y retumba en los aires el eco de una voz misteriosa que dice á todo el Occidente: «La Edad Media ha llegado ya á su término.» ¡Qué inmenso cuadro se despliega á mi vista! En ese cuadro, que representa, no solo un mundo sino dos, veo personajes que llevan coronas en su cabeza de inmarcesible laurel; veo héroes resplandecientes de gloria; veo guerreros invencibles y conquistadores; veo el signo de nuestra redencion que despidе rayos de resplandeciente luz en medio de pueblos bárbaros y salvajes; veo á una reina que, dotada de ánimo varonil y de inteligencia muy superior á la ordinaria de su sexo, da resueltamente á Colon el titulo de almirante de nuevos mares, y veo á este ilustre navegante que dice al sol: «Yo, cual nuevo Josué te mando y ordeno, que no corras nunca al oca so en los vastos dominios del Leon de Castilla.» Veo á un gigante, que levanta su horrenda y monstruosa cabeza desde el fondo del tempestuoso Océano para impedir á Vasco de Gama y á sus portugueses, el paso que conduce al antiguo imperio de los Brahmanes, y que últimamente cede á la osadía y al valeroso atrevimiento de esos navegantes. Pero ¡ay de mí! en medio de esas escenas tan sorprendentes, en medio de espectáculos tan nuevos, veo á un fraile apóstata, que hace pedazos su túnica; que arroja al viento su escapulario; que pisotea los santos Evangelios; que echa á la ho-

guera las bulas pontificias, y que inunda de sangre toda la Alemania; veo á ese precursor del Antecristo, que aparecerá al fin de los siglos; veo á Lutero, que blasfema contra el cielo, los ángeles y los santos. ¡Qué desconuelo, qué tristeza, qué dolor!... Pero ¿quiénes son esos hombres, que salidos del fondo del Asia, recorren y talan los países mas hermosos del antiguo continente? ¿quiénes son esos hombres, que avanzan delirantes y furiosos como demonios, con su cimitarra desenvainada y un libro en las manos, que llaman CORAN? ¿quiénes son esos hombres, que lo destruyen todo y que todo lo llevan á sangre y fuego? ¡Ah!, son hordas bárbaras del Turkestan, son los enemigos mas encarnizados y feroces del Crucificado!... Guttemberg, Genio divino, tú que has perpetuado el humano pensamiento con tu invencion tan sublime y grande como la tierra que habitamos; tú que has dado á la Europa primero, y luego á todo el orbe una invencion magnífica y portentosa; tú nos has suministrado el fármaco mas saludable contra tantos males.

¡Guttemberg inmortal! yo te saludo,
 ¡Himnos sin fin á tu invencion sublime!
 Quien su grandeza y su valor no estime,
 Doble la frente pavoroso y mudo,
 Como dobla el esclavo la cabeza
 A la feroz rudeza
 De la mano que estúpida le oprime (1).

Guttemberg, Genio divino, ha habido muchos, sin embargo, que atribuyen á tu invencion daños y efectos muy tristes. Si no existiera la imprenta, dicen, si no existiera ese vehiculo poderoso y rápido, que trasmite de uno á otro polo las ideas del hombre; ese vehiculo que las perpetua, ¿habríanse propagado por ventura tantos errores? ¿Habría la religion santísima que profesamos, recibido tantas y tan profundas heridas? El renacimiento y la imprenta, que han venido simultáneamente, han zozobrado el mundo. El primero renovó los ensueños y delirios del clasicismo antiguo; despertó del sueño de muerte en que yacian á los dioses del viejo Olimpo, y dió alas á la mentira en la literatura, en las ciencias, en las artes, desfigurando los dogmas católicos; la segunda difundió los errores mas perjudiciales á la humana estirpe, revistiéndoles de un falso y engañoso oropel.

La verdad no tiene dos caras, como el dios Jano, sino una sola, lucida, resplandeciente, animada y viva. La imprenta, pues, si ha propagado muchos errores nuevos, y reproducido otros de la remota antigüedad, ha servido tambien de poderoso vehiculo á las verdades mas augustas al progreso de todos los ramos de la humana sabiduria, que ha recibido del cielo la noble mision de sepultar la ignorancia bajo los escombros del fanatismo, de la supersticion y de las preocupaciones mas inveteradas.

A tí, Guttemberg, á tí, Genio divino, debe la humana estirpe sus mayores adelantos: tú has suministrado un gran fármaco á todas nuestras dolencias morales, y si la malignidad del hombre lo emponzoña todo, la verdad, emanacion de la eterna y divina justicia, está destinada á aplastar las siete cabezas de la hidra infernal, que intenta corromper con su venenosa baba la atmósfera reluciente y pura que rodea el trono del Altísimo.

El ilustre abate Gaume sostiene con ahinco y se esfuerza

(1) V. *Oda á la imprenta* por don Juan Güell y Renté, Madrid, 1862.

en probar, que la época del renacimiento acarreó inconvenientes muy graves á la santidad del catolicismo, inaugurando el estudio de los clásicos antiguos, cuyas páginas respiran deleites inmundos y un grosero sensualismo. Los mas insignes filósofos griegos y todos los escritores latinos, dice Gaume, proclaman y recomiendan errores muy perjudiciales á la moral y á los dogmas católicos, y la antigua mitología ha reproducido en la pintura y en la estatuaria las obscenidades paganas mas repugnantes. Es menester, pues, añade Gaume, desterrar de todos los colegios y de las escuelas los clásicos antiguos para que sus errores muy fatales no se inoculen ni encarnen en el ánimo de los alumnos, viciando la educación pública y privada, como ha acontecido hasta hoy, y acontece todavía (1).

Nosotros no podemos refutar ciertamente en un breve artículo el docto libro del abate Gaume, ni notar con especialidad sus exageraciones, y lo que contiene de sensato y erudito, contentándonos, pues, con dar á conocer á los lectores que el insigne, ilustre y docto obispo de Orleans, ha refutado victoriosamente las doctrinas y la idea fundamental de la obra de Gaume, nos limitamos á decir que debemos mucho á los clásicos y filósofos antiguos, porque sus producciones colosales, que tienen un gran fondo de originalidad, han allanado á los escritores modernos la fatigosa senda del progreso, y de nuevos y grandes descubrimientos en todos los ramos de la humana sabiduría.

No queremos, además, pasar por alto, que el renacimiento no solo despertó de su vida soñolienta á los sabios, sino que infundió tambien en el ánimo de los príncipes gobernantes el ardiente deseo de proteger las letras, las ciencias y las bellas artes, desempeñando con lucimiento el honroso papel de Mecenas; y los papas ocupan en esa época un puesto muy preferente entre los príncipes que han transmitido gloriosamente su nombre á la posteridad. Julio II, Leon X y todos los Médicis, los duques de Ferrara, los de Mantua, los de Urbino, figuran todos con brillo en la historia literaria de Italia. La capital de cada una de sus provincias se convirtió en un foco de sabiduría, y la erudición clásica desplegó su vuelo, con mas rapidez que un águila, de uno á otro punto de la Península itálica, asombrando al mundo. En esa época el célebre Amyot, ilustre traductor de Plutarco, y el inmortal Montaigne, inauguraron la moderna literatura francesa. Shakespeare dió al teatro inglés originalidad y magnificencia; y mas tarde Milton, inspirado por su númer divino, hizo resonar con magnilocuencia su trompa épica. Nosotros no podemos bajo ningun concepto entretejer coronas al impío Lutero, ni á los demás reformistas blasfemos; pero no osamos negar que la reforma dió un gran sacudimiento á la lentitud tedesca. No vacilamos, pues, en afirmar, sin atenernos á los elogios insensatos, que Villers prodiga al protestantismo; no vacilamos, digo, en afirmar que en esa época tan fatal á las verdades católicas, comienzan á florecer las letras en toda la Alemania. ¡Ah, si Lutero no hubiese abierto nunca sus ojos á la luz del día, la época del renacimiento hubiera llegado mas tarde al Septentrion de Europa, pero apoyada en bases mas firmes; y hoy no se veria inundado todo el orbe literario de una mul-

titud de obras filosóficas muy lamentables, que envuelven á la humanidad en negras y espesas nubes, proclamando el absurdo panteísmo de Spinoza, ó un idealismo, que nos lleva á la negacion ridícula de todo lo existente! Pero humillemonos ante el trono del Altísimo, y en vez de censurar la malignidad de los hombres, decimos, confiados en su misericordia divina, que él solo sabe convertir en fármaco saludable la fiera ponzoña, compañera inseparable de la herejía. Volviendo despues de esta breve digresion, á nuestro principal argumento, vamos á hablar ahora de Cristina de Suecia.

Nacida en real cuna, fué hija del célebre Gustavo Adolfo, cuyo nombre está depositado en el templo de la gloria. Este monarca peleó valerosamente contra la Rusia, la Dinamarca y la Polonia, y dió á conocer á sus enemigos, que le daban el título mofador de *Rey de nieve*, aludiendo al clima glacial de Suecia, que él tenia en su abono todo el fuego del belicoso Marte. Pero sus grandes triunfos no le libertaron del golpe fatal que le esperaba en Lutzen, ciudad de los Estados prusianos, en donde pereció con espada en mano.

Cristina ocupó el trono de su ilustre genitor el año de 1633; pero abdicó la corona en favor de su primo Carlos Gustavo el año de 1654 y abrazó la fé católica. Esta mujer, dotada de elevado ingenio y profundamente instruida, fué gran protectora de los mas insignes sabios de su tiempo, como Descartes, Grocio, Saumais, Hensio, Bochart, Vossio, Huet, Meibom, los cuales vivian todos en Stockholmo muy apreciados por su reina, cuyo palacio frecuentaban con libertad, y no pocas distinciones. ¡Ah, esa mujer tan singular sacrificó á su ira el desventurado Monaldeschi, su escudero, violando con inaudita crueldad los lazos de los afectos mas íntimos y cariñosos que encadenan los corazones sensibles! Esta es la sola página tenebrosa y horrenda de la vida de la célebre Cristina de Suecia, ¡borrón eterno á su fama! Pero ella murió en el seno de la verdadera Iglesia, y tal vez arrepentida de su crimen. Esperamos, pues, que el Todopoderoso le haya perdonado sus culpas. No queremos, por lo demás, pasar en silencio, que en la colección de sus pensamientos, que tenemos á la vista, impresos en París por los años de 1825, hay muchos que revelan nobleza de corazón, delicadeza de afectos y amor á la justicia, como los que insertamos á continuación.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS DE CRISTINA DE SUECIA.

El mérito vale mas que el trono y la fortuna.—La ambicion, que se apoya en el crimen, se destruye á si misma.—La vida se asemeja á una bella música, que gusta, encanta y dura poco.—Todo pasa como un relámpago, y el bien y el mal son tan fugaces, que casi no debemos alegrarnos ni entristecernos.—Los príncipes ridiculos han venido al mundo para hacer reir y llorar á la gente.—Nos habituamos á todo, y todo nos cansa.—Las promesas magnificas de los filósofos no merecen mucha confianza.—Ciro, Alejandro y César han merecido la amistad y el aprecio de todos los siglos.—Tengamos el corazón siempre puro, y no alimentemos remordimientos vergonzosos.—El hombre es mas sensible á los males que á los bienes.—No debemos envidiar ni la fortuna ni el mérito ajenos.—Ningun hombre puede ser feliz sin ser discreto, justo y fuerte.—El mérito nace con los hombres: ¡dichosos los que bajan á la tumba sin perderlo!—Si se conocieran los deberes que los príncipes están obligados á cumplir, se desearia con menos ahínco ocupar su puesto.—No merece ni fortuna ni gran categoría el que no

(1) V. La obra de Gaume, titulada: *Le ver Rongeur de sociétés modernes*, Paris, 1851.

El abate Gaume es uno de los ilustres escritores que honran mas al clero francés, como lo demuestra su obra monumental que lleva por título: *Histoire de la société domestique chez tous les peuples anciens et modernes*, etc.

tiene un mérito muy superior á ambas cosas.—El desprecio es la venganza mas noble de los grandes corazones.—El vengarse, protegiendo á los oprimidos, es una noble y gloriosa venganza.—El vivir únicamente en sus blasones es una vida quimérica y que da lástima.—Los sentimientos justos y magnánimos, las grandes acciones, las verdades proporcionan á los hombres gloria y dicha: todo lo demás es pura vanidad.—El mérito consiste en bien pensar, en hablar bien y en bien obrar.—Cuando el amor es una consecuencia del aprecio, no perece nunca.—Debemos temer mas á los necios que á los malvados.—El temor y la cobardía hacen mentir.—La fuerza y el valor no mienten jamás.—Serán vanos todos nuestros esfuerzos si nos proponemos aparentar lo que mal nos corresponde.—La conciencia es el único espejo que ni adula ni engaña.—Los decretos de la conciencia son irrevocables.—Podemos engañar á todos los hombres, pero no á nuestra propia conciencia.—El que quiera hacerse ridiculo, que haga alarde de un talento que no tiene.—Los hombres se quedan desconocidos, ni se conocen á si mismos hasta que se presente una ocasion para el caso.—El esplendor de un mérito heroico deslumbra.—Amamos á los que hemos protegido y prodigado beneficios, y aborrecemos á las victimas de nuestras fechorias.—Los hombres acarician siempre á la fortuna, y muy rara vez hacen justicia al mérito.—El tiempo y la muerte curan todos los males.—El espíritu mas sano tiene sus enfermedades como el cuerpo, y tiene algunas incurables.—Debemos tratar nuestras pasiones como esclavos rebeldes, pero siempre con caridad.—Las ciencias no son mas que títulos pomposos de la humana ignorancia, y el que las conoce no llega á ser mas sabio que el ignorante.—El vivir y morir bien es la ciencia de las ciencias.—No hay una persuasion mas eficaz que el amor, y su silencio es mas elocuente que todas las retóricas.—Debemos abstenernos de todo lo que pueda ofender un gusto fino y delicado.—Las buenas acciones infunden valor, y las malas le menguan.—No merece el nombre de hábil el que carece de probidad.—La gloria y la fama son dos cosas muy distintas.—Al mérito extraordinario se le considera siempre como un delito imperdonable.—La gloria se usurpa como todos los demás bienes.—Una perseverancia invencible persiste y no se arredra.—No se puede ser injustos sin infamia.—Debemos apreciar y elogiar á nuestros enemigos si lo merecen.—Por muy amable y benéfico que sea un príncipe, no debe nunca perder de vista que se hace la corte mas bien á su fortuna que á su persona.—Debemos perdonar no solo á nuestros amigos, sino tambien á los enemigos, si sus culpas son leves y perdonables.—Cuando la fortuna nos abandona, nos priva de todos los recursos.—Los pequeños príncipes pueden hacer mucho mal y muy poco bien.—Dominar su lengua y su rostro en términos, que no dejen traslucir nunca los secretos del corazón, es un arte que no debemos nunca ignorar.—Los príncipes deben hermanar siempre su benevolencia y familiaridad con algo de grande que inspire respeto, y que sea muy natural.—Sea cual fuere nuestra bondad hácia los amigos y los criados, debemos darles á conocer que tenemos vigor y fuerzas bastantes para inspirarles respeto y temor.—Debemos desconfiar siempre de los hombres y no perder nunca de vista nuestros intereses.—Un hombre de talento no amarà jamás á un necio, ni sabrà complacerle.—Es muy reducido el número de las personas que tienen bastante valor para prodigarnos consejos desagradables.—Son muy pocos los hombres que arrostran con denuedo las privaciones y necesidades.—No

deja de ser un mérito, hacer menos daño del que se puede.—El mérito es casi siempre un grave obstáculo, que nos impide hacer fortuna.—No debemos esperar nunca con confianza lo que descamos con mas ahínco.—La debilidad de carácter es la mayor de las desgracias, es el mayor de los defectos.—Los hombres que tienen un verdadero mérito, no temen á sus émulo.—Los príncipes, que se ven obligados á negar una gracia, no dejan de sentirlo.—Hay personas á quienes no se puede negar nada, sin ser injustos ó bárbaros, y hay otras á quienes nada se puede conceder.—Los hombres mas hábiles cometen con frecuencia las mayores faltas.—El que confiesa sus culpas y exige ser perdonado, lo merece.—Absolver á un malvado es la mayor de las crueldades, es un delito de lesa-nacion.—El revelar un secreto sin necesidad, es acto alevoso y estúpido.

Muchos historiadores y biógrafos afirman que Cristina de Suecia, mujer muy ilustre y singular, dotada de ingenio sublime y profundamente instruida, no dejó nunca de manifestarse muy altiva, y mas bien inclinada á la voluptuosidad y á los placeres que virtuosa. Nosotros, sin aprobar ni rechazar la opinion de esos escritores, nos contentamos con decir, que todas sus máximas y todos sus pensamientos respiran sagacidad, mucha experiencia y un gran conocimiento de las cosas del mundo. Si es cierto que ella se arrepintió de haber abdicado la corona, esto nos parece muy natural, porque el abandono de un poder supremo trae siempre consigo cierta humillacion, ni puede satisfacer los deseos y el amor propio del que, despues de haberse visto casi idolatrado bajo el regio dosel, se ve luego convertido en un príncipe particular, sin su antigua grandeza, y sin prestigio ni esplendor. Acordémonos de Sila, que habiéndose visto insultado en Roma, despues de su retiro, dijo: «Siento mucho haber abdicado voluntariamente la dictadura.»

SALVADOR COSTANZO.

EL CAIRO.

El Cairo es la mas antigua ciudad del mundo, pues que reconoce por su fundador á Mizraim, hijo de Cham y nieto de Noé; y los árabes la dan todavía el nombre de Mizraim, (que estropean un poco). El Cairo, capital de Egipto y una de las mas grandes ciudades de la dominacion otomana, está admirablemente situada sobre la orilla occidental del Nilo. Hácese allí un gran comercio, y los europeos franceses, italianos y españoles tienen establecimientos é importantes factorías. La civilizacion, que al fin se introduce en Constantinopla, llegará tambien al bajo Egipto; y el proyecto que el sultan ha comenzado, de dotar á sus pueblos de un código de leyes, pondrá fin en aquel pais, tan frecuentemente oprimido, á la arbitraria justicia de los bajeas.

En el entretanto se goza ya en el Cairo de comodidad y lujo. Si sus calles son estrechas, á la manera de las de Asia, si sus casas no tienen ornato exterior, su interior es cómodo y en lo general muy adornado.

No todo es sombrío y estrecho á la oriental en la gran ciudad del Cairo. La afluencia de extranjeros, á quienes ha conducido allí la esperanza de hacer fortuna, le ha dado poco á poco un aspecto europeo: hay ya hoy muchas de sus casas edificadas de piedra; y todos los viajeros re-

conocen que hay mas arquitectura en el Cairo que en Constantinopla.

Se cuentan hoy trescientos mil habitantes en el Cairo. Sin embargo, una ciudad tan importante no tiene mas que una sola plaza notable; las demás son plazuelas: esta plaza es la de Ezbekielr; es el paseo ó punto de cita y de reunion de veinte ó treinta naciones que habitan el Cairo. Allí se oye hablar todos los idiomas. Las casas que forman el cuadro de esta plaza, tienen generalmente un aspecto europeo. Una de las mas notables por sus vastas dimensiones es el hotel ó fonda de Oriente, donde van á parar todos los europeos.

Es una cosa singular la vista interior de este hotel en el momento de la llegada y salida de los buques de vapor de Suez y de Alejandria. El patio está lleno de caballos, de camellos, de bagajes de todas clases. La mesa redonda, alargada hasta los dos extremos de la sala, está ocupada por una doble fila de individuos, que llegan de todas partes del mundo. El uno viene en línea recta de las orillas del Ganjes; el otro del Adriático: el uno, á la izquierda, habla de los descubrimientos que ha hecho en Bagdad; el vecino de la derecha se entusiasma con las ruinas de Tebas. Es una increíble mezcla de narraciones científicas, de observaciones comerciales, de aventuras novelescas, de gritos de entusiasmo y de desengaño. Un cafarnaum de todos los dialectos del Norte, del Sur, del Este y del Oeste.

Para comprender bien la vieja ciudad, es preciso descansar y colocarse sobre algun terrado, ó en la cima de algun minarete, desde donde se vea el plano de esta curiosa ciudad, que cuenta cuatrocientas doce mezquitas y sepulcros, quinientos minaretes, trescientas cisternas, sesenta baños, treinta y cuatro fuentes, ciento cuarenta escuelas públicas, once ó doce bazares, mil doscientas sesenta y cinco okels ó posadas, setenta y una puertas principales, sin hablar de las que á cada instante cierran las callejuelas, y mil ciento setenta cafés.

Pero lo que ninguna pintura, ninguna descripción puede hacer sospechar son los estanques interiores rodeados de verdura, y que desde los terrados se ven brillar al sol como una gota de rocío en un monte de yerba. La vecindad de las mezquitas indica aproximativamente su situación. Entre los muchos jardines de naranjos y de jazmines que hay sobre las orillas de estos lagos encantados, el principal es el lago del Hipopótamo en Bizket-el-Fil. Diósele este nombre á causa de una crecida repentina del Nilo que había arrastrado muchos de aquellos habitantes de Senaar hasta el bajo Egipto. Uno de ellos, despues de haber destruido en una sola noche todos los jardines de los alrededores, fué muerto en aquel lago despues de una larga y terrible defensa.

Es un aspecto encantador el que presentan aquellos lagos guarnecidos de jardines y de kioskos, donde vienen á descansar los ricos propietarios de las casas inmediatas. Ninguna calle, ningun camino conduce á ellos, y para verlos es preciso penetrar por las habitaciones: así son enteramente desconocidos de los viajeros, y aun de una buena parte de los habitantes. Estos lagos están rodeados de casas y jardines, y de esos lindos kioskos con arcos arabescos completamente cubiertos por una cortina de dolichos con flores moradas, verdadero musgo trepador que cubre todo con su espeso tejido, y que cuelga en elegantes festones hasta el agua, de donde van á tomar su frescura. El encarnado ibis, la gallina de Faraon, los cisnes blancos como la nieve juegan sobre la superficie tranquila de es-

tos depósitos de agua donde se encuentran en abundancia las flores que en ella nacen y los peces.

El Cairo posee cerca de cuatrocientas mezquitas, de las que treinta al menos son notables. Las mezquitas, en turco mesgid, (lugar de oración), son como se sabe, los templos de los musulmanes. Allí se predica el viernes, día de fiesta entre los sectarios de Mahoma. Desde lo alto de los minaretes que se elevan sobre cada mezquita, el muezzin, ó sagrado pregonero, uno de los ministros inferiores del culto, anuncia la hora de la oración. He aquí el origen de esta ceremonia.

Juntáronse un día los discípulos de Mahoma para deliberar sobre los medios de anunciar al pueblo las horas de la oración. Propusieron sucesivamente las banderas, las campanas, las trompetas y los fuegos para señales; pero fueron rechazados estos medios porque no se quería imitar á los judíos, los cristianos ó los indios, y se separaron sin acordar nada. Durante la noche Abdallah, uno de ellos, tuvo una vision: un ser celestial vestido de verde le dijo: Voy á mostrarte como debéis cumplir ese deber importante de vuestro culto. Subióse al punto al techo de la casa, y allí anunció en alta voz la hora de la oración con las mismas palabras que se han usado desde entonces.

Al despertarse Abdallah vino á dar cuenta de su vision á Mahoma, que autorizó inmediatamente á otro de sus discípulos para que hiciese sobre el techo mismo de la casa el oficio de muezzin.

Estas fueron las palabras reveladas:

«Dios es el Altísimo. Afirmo que no hay mas Dios que Dios. Afirmo que Mahoma es el profeta de Dios.

»Venid á la oración. Venid al templo de salvacion. ¡Dios es grande! ¡No hay mas Dios que Dios!»

A la oración de la mañana, que debe decirse antes de la salida del sol, añade el muezzin:

«La oración es preferible al sueño.»

Repite el muezzin su anuncio muchas veces seguidas desde lo alto de su minarete. Está en pié, con los ojos cerrados, las manos abiertas y levantados los pulgares, y el rostro vuelto hácia la Meca.

No puede ejercerse el oficio de muezzin ni por una mujer, ni por un loco, ni por un hombre ebrio, ni por un anciano decrepito. Sobresalen los muezzines en la melodía y en el agradable sonido de su canto, que tiene algo de grande y de majestuoso.

Las mas notables tal vez de las mezquitas del Cairo son la mezquita de Hassam, la mezquita de las Flores, las dos muy espléndidas, y la mezquita de Amrow, que los bajáes se ocupan hoy en restaurar.

Entre otras curiosidades del Cairo, se visita la casa donde se alojó el general Bonaparte en la expedición á Egipto, y ante la que fué asesinado Kleber. Pero hay tambien otras antigüedades célebres. Primeramente un pozo de singular estructura que atrae las miradas de los curiosos, y se llama el pozo de Josef. Cuentan que una tradición conservada de edad en edad ha transmitido á los habitantes la certidumbre de que debian aquel pozo, el único que hay en aquel país, al ilustre patriarca, cuyo nombre es siempre venerado en el Egipto. Es de dos pisos, estrechamente hondo y abierto en la piedra viva. Se atribuye á Saladino la escalera de ciento veinte escalones que baja al primer depósito. Los peldaños de esta escalera son tan suaves, que los buyes empleados en sacar el agua por medio de una rueda, los suben y bajan fácilmente todos los dias.

Se ven tambien cerca de allí los graneros de Josef. Son

inmensos patios cuadrados enteramente descubiertos, donde el grano no estaba abrigado ni tapado sino por unos techos de paja, lo que era suficiente en un país donde no llueve nunca.

Antes de caer en poder de los musulmanes ha sido el Cairo una ciudad cristiana. Todavía se ve allí en la iglesia Malaca, la mas bella que los coptos poseen en Egipto, una

imágen de la Santísima Virgen, que dicen que hablaba á San Efrén. Cerca de allí está la iglesia de Santa Bárbara, que cree poseer el cuerpo de aquella ilustre virgen.

Dicen los coptos por una tradicion no interrumpida, que la Santísima Virgen y el Niño Jesus habitaron algun tiempo, en su huida á Egipto, una gruta que se halla debajo de la iglesia de San Sergio; y encierran allí una pila muy ve



Vista del Cairo.

nerada, en la que cuentan que la inmaculada Virgen lavaba los pañales del divino Niño.

Por último, en el cuartel arruinado que se llama la Babilonia del Nilo, se encuentra todavía dedicada á la Santísima Virgen otra iglesia cristiana, la primera, dicen, que se construyó en el Cairo. Añádese que San Marcos predicó allí, y que es de esta iglesia de la que habla San Pedro al final de su primera epístola.

¡Ojalá que esta gran ciudad del Cairo, que durante setecientos años ha sido cristiana, y que siempre ha sido para los cristianos mas tolerante que los demás centros del islamismo, vuelva á ver brillar en su recinto la fé de Jesucristo y su libertad! Entonces revivirá verdaderamente la civilización, que solo puede florecer y subsistir á la sombra de la Cruz.

EL CONDE DE FABRAQUER.